

**FAHRENHEIT**  
**451**

RAY BRADBURY

# FAHRENHEIT 451

minotauro ESENCIALES

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Fahrenheit 451*

Diseño e ilustración de portada: Opalworks BCN

© 1953, 1993, 2005, Ray Bradbury

© Traducción: Francisco Abelenda

© 1985, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MINOTAURO M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: enero de 2020

ISBN: 978-84-450-0677-1

Primera edición en formato epub: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6476-9

Primera edición impresa en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6400-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México -*Printed in Mexico*

## La estufa y la salamandra

Era un placer quemar.

Era un placer especial ver cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y *cambiadas*. Empuñando la embocadura de bronce, esgrimiendo la gran pitón que escupía un queroseno venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le golpeaba las sienes, y que las manos, como las de un sorprendente director que ejecuta las sinfonías del fuego y los incendios, revelaban los harapos y las ruinas carbonizadas de la historia. Con el simbólico casco numerado –451– sobre la estólida cabeza, y los ojos encendidos en una sola llama anaranjada ante el pensamiento de lo que vendría después, abrió la llave, y la casa dio un salto envuelta en un fuego devorador que incendió el cielo del atardecer y lo enrojeció, y doró, y ennegreció. Avanzó rodeado por una nube de luciérnagas. Hubiese deseado, sobre todo, como en otro tiempo, meter en el horno con la ayuda de una vara un malvavisco, mientras los libros, que aleteaban como palomas, morían en el porche y el jardín de la casa. Mientras los libros se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un viento oscurecido por la quemazón.

Montag sonrió con la forzada sonrisa de todos los hombres chamuscados y desafiados por las llamas.

Sabía que cuando volviera al cuartel de bomberos se guñaría un ojo (un artista de variedades tiznado por un corcho) delante del espejo. Más tarde, en la oscuridad, a punto de dormirse, sentiría la feroz sonrisa retenida aún por los músculos faciales. Nunca se le borraba esa sonrisa, nunca —creía recordar— se le había borrado.

Colgó el casco, negro y brillante como un escarabajo, y lo lustró; colgó cuidadosamente la chamarra incombustible; se dio una buena ducha, y luego, silbando, con las manos en los bolsillos, cruzó el primer piso y se dejó caer por el agujero. En el último instante, cuando el desastre parecía seguro, sacó las manos de los bolsillos e interrumpió su caída aferrándose a la barra dorada. Resbaló hasta detenerse, rechinando, con los talones a un centímetro del piso de cemento.

Salió del cuartel y caminó hasta la estación subterránea. El tren neumático y silencioso se deslizó por el tubo aceitado, y con una gran bocanada de aire tibio lo abandonó en la escalera de claros azulejos, que subía hacia el suburbio.

Dejó, silbando, que la escalera lo llevara al aire tranquilo de la noche. Se dirigió hacia la esquina casi sin pensar en nada. Sin embargo, poco antes de llegar, caminó más lentamente, como si un viento se hubiese levantado en alguna parte, como si alguien hubiese pronunciado su nombre.

En esas últimas noches, mientras iba bajo la luz de los astros hacia su casa, en esta acera, aquí, del otro lado de la esquina, había sentido algo indefinible, como si un momento antes alguien hubiese estado allí. Había en el aire

una calma especial como si alguien hubiese esperado allí, en silencio, y un momento antes se hubiese transformado en una sombra, dejándolo pasar. Quizá había respirado un débil perfume; quizá el dorso de sus manos, su cara, habían sentido que la temperatura era más alta en este mismo sitio donde una persona, de pie, hubiese podido elevar en unos diez grados y durante un instante el calor de la atmósfera. Era imposible saberlo. Cada vez que llegaba a la esquina veía solo esa acera curva, blanca, nueva. Una noche, quizá, algo había desaparecido rápidamente en uno de los jardines antes que pudiera hablar o mirar.

Pero ahora, esta noche, aminoró el paso, casi hasta detenerse. Su mente, que se había adelantado a doblar la esquina, había oído un murmullo casi imperceptible. ¿Alguien que respiraba? ¿O era la atmósfera comprimida simplemente por alguien que estaba allí, de pie, inmóvil, esperando?

Dobló la esquina.

Las hojas de otoño volaban de tal modo sobre la acera iluminada por la luna que la muchacha parecía ir en una alfombra rodante, arrastrada por el movimiento del aire y las hojas. Con la cabeza un poco inclinada se miraba los zapatos, rodeados de hojas estremecidas. Tenía un rostro delgado y blanco como la leche, y había en él una tierna avidez que todo lo tocaba con una curiosidad insaciable. Era una mirada, casi, de pálida sorpresa; los ojos oscuros estaban tan clavados en el mundo que no perdían ningún movimiento. Su vestido era blanco, y susurraba. Montag creyó oír cómo se le movían las manos al caminar, y luego, ahora, un sonido ínfimo, el temblor inocente de aquel rostro al voltear hacia él, al descubrir que se acercaba a un hombre que estaba allí, de pie, en medio de la acera, esperando.

Se oyó, allá, arriba, el ruido de los árboles que dejaban caer una lluvia seca. La muchacha se detuvo como si fuera a retroceder, sorprendida, pero se quedó allí mirando a Montag con ojos tan oscuros y brillantes y vivos que el hombre creyó haber dicho unas palabras maravillosas. Pero sabía que había abierto los labios solo para decir hola, y entonces, como ella parecía hipnotizada por la salamandra del brazo y el disco con el fénix del pecho, habló otra vez.

—Claro... tú eres la nueva vecina, ¿no es cierto?

—Y usted tiene que ser... —la muchacha dejó de mirar aquellos símbolos profesionales— el bombero —añadió con una voz arrastrada.

—De qué modo raro lo has dicho.

—Lo... lo hubiese adivinado sin mirar —dijo la muchacha lentamente.

—¿Por qué? ¿El olor del queroseno? Mi mujer siempre se queja —dijo Montag riéndose—. Nunca se borra del todo.

—No, nunca se borra —dijo ella, asustada.

Montag sintió que la niña, sin haberse movido ni una sola vez, estaba caminando alrededor, lo obligaba a girar, lo sacudía en silencio y le vaciaba los bolsillos.

—El queroseno —dijo, pues el silencio se había prolongado demasiado— es perfume para mí.

—¿Es así, realmente?

—Claro, ¿por qué no?

La muchacha reflexionó un momento.

—No sé —dijo, y volteó y miró las casas a lo largo de la acera—. ¿No le importa si lo acompaño? Soy Clarisse McClellan.

—Clarisse. Guy Montag. Vamos. ¿Qué haces aquí tan tarde? ¿Cuántos años tienes?

Caminaron en la noche ventosa, tibia y fresca a la vez, por la acera de plata, y el débil aroma de los duraznos maduros y las fresas flotó en el aire, y Montag miró alrededor y pensó que no era posible, pues el año estaba muy avanzado.

Solo ella lo acompañaba, con el rostro brillante como la nieve a la luz de la luna, pensando, comprendió Montag, en aquellas preguntas, buscando las respuestas mejores.

—Bueno —dijo la muchacha—, tengo diecisiete años y estoy loca. Mi tía dice que es casi lo mismo. Cuando la gente te pregunte la edad, me dice, contéstales que tienes diecisiete y estás loca. ¿No es hermoso caminar de noche? Me gusta oler y mirar, y algunas veces quedarme levantada y ver la salida del sol.

Caminaron otra vez en silencio y al final la muchacha dijo, con aire pensativo:

—Sabe usted, no le tengo miedo.

Montag se sorprendió.

—¿Por qué habrías de tenerme miedo?

—Tanta gente tiene miedo. De los bomberos quiero decir. Pero usted es solo un hombre...

Montag se vio en los ojos de la muchacha, suspendido en dos gotas brillantes de agua clara, oscuro y pequeño, con todos los detalles, las arrugas alrededor de la boca, completo, como si estuviera encerrado en el interior de dos milagrosas bolitas de ámbar, de color violeta. El rostro de la muchacha, vuelto ahora hacia él, era un frágil cristal, blanco como la leche, con una luz constante y suave. No era la luz histérica de la electricidad, sino... ¿qué? Sino la luz extrañamente amable y rara y suave de una vela. Una vez, cuando era niño, y faltó la electricidad, su madre encontró y en-

cendió una última vela, y habían pasado una hora muy corta redescubriendo que con esa luz el espacio perdía sus vastas dimensiones y se cerraba alrededor, y en esa hora ellos, madre e hijo, solos, transformados, habían deseado que la electricidad no volviera demasiado pronto...

Y entonces Clarisse McClellan dijo:

—¿Le importa si le hago una pregunta? ¿Desde cuándo es usted bombero?

—Desde que tenía veinte años, hace diez.

—¿Ha leído alguno de los libros que quema?

Montag se rio.

—Lo prohíbe la ley.

—Oh, claro.

—Es un hermoso trabajo. El lunes quemar a Millay, el miércoles a Whitman, el viernes a Faulkner; quemarlos hasta convertirlos en cenizas, luego quemar las cenizas. Ese es nuestro lema oficial.

Caminaron un poco más y la niña dijo:

—¿Es verdad que hace muchos años los bomberos *apagaban* el fuego en vez de encenderlo?

—No, las casas siempre han sido incombustibles.

—Qué raro. Oí decir que hace muchos años las casas se quemaban a veces por accidente y llamaban a los bomberos para *parar* las llamas.

El hombre se echó a reír. La muchacha lo miró brevemente.

—¿Por qué se ríe?

—No sé —dijo Montag, comenzó a reírse otra vez y se interrumpió—. ¿Por qué?

—Se ríe aunque yo no haya dicho nada gracioso y me contesta enseguida. Nunca se para a pensar lo que le he preguntado.

Montag se detuvo.

—Eres muy rara —dijo mirando a la niña—. Bastante irrespetuosa.

—No quise insultarlo. Ocurre que observo demasiado a la gente.

—Bueno, ¿esto no significa nada para ti?

Montag se golpeó con la punta de los dedos el número 451 bordado en la manga color carbón.

—Sí —murmuró la muchacha, y apresuró el paso—. ¿Ha visto alguna vez los coches de turbinas que pasan por esa avenida?

—¡Estás cambiando de tema!

—A veces pienso que los automovilistas no saben qué es la hierba ni las flores, pues nunca las ven lentamente —dijo la muchacha—. Si usted les señala una mancha verde, dicen, ¡oh, sí!, ¡eso es hierba! ¿Una mancha rosada? ¡Un jardín de rosales! Las manchas blancas son edificios. Las manchas oscuras son vacas. Una vez mi tío pasó lentamente en coche por una carretera. Iba a sesenta kilómetros por hora y lo tuvieron dos días en la cárcel. ¿No es gracioso, y triste también?

—Piensas demasiado —dijo Montag, incómodo.

—Casi nunca veo la televisión mural, ni voy a las carreras, ni a los parques de atracciones. Me sobra tiempo para pensar cosas raras. ¿Ha visto esos anuncios de ciento cincuenta metros a la entrada de la ciudad? ¿Sabe que antes eran solo de quince metros? Pero los coches comenzaron a pasar tan rápidamente que tuvieron que alargar los anuncios para que no se acabaran demasiado pronto.

Montag rio con nerviosismo.

—¡No lo sabía!

—Apuesto a que sé algo más que usted no sabe. Hay rocío en la hierba por la mañana.

Montag no pudo recordar si lo sabía y se puso de muy mal humor.

—Y si usted mira bien —la muchacha señaló el cielo con la cabeza—, hay un hombre en la luna.

Montag no miraba la luna desde hacía años.

Recorrieron el resto del camino en silencio; el de Clarisse era un silencio pensativo; el de Montag, algo así como un silencio de puños apretados, e incómodo, desde el que lanzaba a la muchacha unas miradas acusadoras. Cuando llegaron a la casa de Clarisse, todas las luces estaban encendidas.

—¿Qué ocurre?

Montag había visto muy pocas veces una casa tan iluminada.

—Oh, son mis padres que hablan con mi tío. Es como pasearse a pie, solo que mucho más raro. Mi tío fue arrestado el otro día por pasearse a pie, ¿no se lo dije? Oh, somos *muy* raros.

—¿Pero de qué hablan?

Clarisse se rio.

—¡Buenas noches! —dijo, y echó a caminar. Luego, como si recordara algo, volteó hacia Montag y lo miró con curiosidad y asombro—. ¿Es usted feliz? —le preguntó.

—¿Soy qué? —exclamó Montag.

Pero la muchacha había desaparecido, corriendo a la luz de la luna. La puerta de la casa se cerró suavemente.

—¡Feliz! ¡Qué tontería!

Montag dejó de reír.

Metió la mano en el guante-cerradura de la puerta y esperó a que le reconociera los dedos. La puerta se abrió de par en par.

Claro que soy feliz. Por supuesto. ¿No lo soy acaso?, preguntó a las habitaciones silenciosas. Se quedó mirando la rejilla del ventilador, en el vestíbulo, y recordó, de pronto, que había algo oculto en la rejilla, algo que ahora parecía mirarlo. Apartó rápidamente los ojos.

Qué encuentro extraño en una noche extraña. No recordaba nada parecido, salvo aquella tarde, hacía un año, cuando se había encontrado con un viejo en el parque, y tuvieron aquella conversación...

Montag sacudió la cabeza. Miró la pared desnuda. El rostro de Clarisse estaba allí, realmente hermoso en el recuerdo, asombroso de veras. Era un rostro muy tenue, como la esfera de un relojito vislumbrado débilmente en una habitación oscura en medio de la noche, cuando uno se despierta para ver la hora y ve el reloj que le dice a uno la hora y el minuto y el segundo, con un silencio blanco, y una luz, con entera certeza, y sabiendo qué debe decir de la noche que se desliza rápidamente hacia una próxima oscuridad, pero también hacia un nuevo sol.

—¿Qué pasa? —preguntó Montag como si estuviera hablándole a ese otro yo, a ese idiota subconsciente que balbucea a veces separado de la voluntad, la costumbre y la conciencia.

Miró otra vez la pared. Qué parecido a un espejo, también, ese rostro. Imposible, pues ¿a cuántos conoces que reflejen tu propia luz? La gente es más a menudo —buscó un símil y lo encontró en su trabajo— una antorcha que arde hasta apagarse. ¿Cuántas veces la gente toma y te devuelve

tu propia expresión, tus más escondidos y temblorosos pensamientos?

Qué increíble poder de identificación tenía la muchacha. Era como esa silenciosa espectadora de un teatro de títeres que anticipa, antes de que aparezcan en escena, el temblor de las pestañas, la agitación de las manos, el estremecimiento de los dedos. ¿Cuánto tiempo habían caminado? ¿Tres minutos? ¿Cinco? Qué largo, sin embargo, parecía ese tiempo ahora. Qué inmensa la figura de la muchacha en la escena, ante él. Y el cuerpo delgado, ¡qué sombra arrojaba sobre el muro! Montag sintió que si a él le picaba un ojo, la muchacha comenzaría a parpadear. Y que si se le movían ligeramente las mandíbulas, la muchacha bostezaría antes que él.

«Pero cómo —se dijo—, ahora que lo pienso casi parecía que me estaba esperando en la esquina, tan condenadamente tarde...»

Abrió la puerta del dormitorio.

Era como entrar en la cámara fría y marmórea de un mausoleo, cuando ya se ha puesto la luna. Oscuridad completa; ni un solo rayo del plateado mundo exterior; las ventanas herméticamente cerradas; un universo sepulcral donde no penetraban los ruidos de la ciudad.

El cuarto no estaba vacío.

Escuchó.

El baile delicado de un mosquito zumbaba en el aire; el eléctrico murmullo de una avispa animaba el nido tibio, de un raro color rosado. La música se oía casi claramente.

Montag podía seguir la melodía.

Sintió de pronto que la sonrisa se le borraba, se fundía, se doblaba sobre sí misma como una cáscara blanda, como la cera de un cirio fantástico que ha ardido demasiado tiempo, y ahora se apaga, y ahora se derrumba. Oscuridad. No era feliz. No era feliz. Se lo dijo a sí mismo. Lo reconoció. Había llevado su felicidad como una máscara, y la muchacha había huido con la máscara y él no podía ir a golpear a su puerta y pedírsela.

Sin encender la luz imaginó el aspecto del cuarto. Su mujer estirada en la cama, descubierta y fría, como un cuerpo extendido sobre la tapa de un ataúd, con los ojos inmóviles, fijos en el techo por invisibles hilos de acero. Y en las orejas, muy adentro, los caracolitos, las radios de dedal, y un océano electrónico de sonido, música y charla y música y música y charla, que golpeaba y golpeaba la costa de aquella mente en vela. El cuarto estaba en realidad vacío. Todas las noches entraban las olas, y sus grandes mareas de sonido llevaban a Mildred flotando y con los ojos abiertos hacia la mañana. No había pasado una sola noche en estos dos últimos años sin que Mildred no se hubiese bañado en ese océano, no se hubiese sumergido en él, alegremente, hasta tres veces.

Hacía frío en el cuarto, pero Montag sentía que no podía respirar. No quería abrir las cortinas ni la ventana balcón, pues no deseaba que la luna entrara en el cuarto. De modo que sintiéndose como un hombre que va a morir en la próxima hora por falta de aire, se encaminó hacia su cama abierta, vacía, y por lo tanto helada.

Un instante antes de golpear con el pie el objeto caído en el suelo, Montag ya sabía que iba a golpearlo. Fue algo similar a lo que había sentido antes de doblar la esquina y

derribar casi a la muchacha. El pie envió hacia delante ciertas vibraciones, y, mientras se balanceaba en el aire, recibió los ecos de una menuda barrera. El pie tropezó. El objeto emitió un sonido apagado y resbaló en la oscuridad.

Montag se quedó inmóvil y tieso, y escuchó a la mujer acostada en la cama oscura, envuelta por aquella noche totalmente uniforme. El aire que salía de la nariz era tan débil que movía solamente los flecos más lejanos de la existencia, una hojita, una pluma oscura, un solo cabello.

Montag no deseaba, ni aun ahora, la luz de fuera. Sacó su encendedor, tocó la salamandra grabada en el disco de plata, la apretó...

A la luz de la llamita, dos piedras lunares miraron a Montag, dos pálidas piedras lunares en el fondo de un arroyo de agua clara sobre el que corría la vida del mundo, sin tocar las piedras...

—¡Mildred!

El rostro de Mildred era como una isla cubierta de nieve donde podía caer la lluvia, pero que no sentía la lluvia; donde las nubes podían pasear sus móviles sombras, pero que no sentía la sombra. Era solo esa música de avispas diminutas en los oídos herméticamente cerrados, y unos ojos de vidrio, y el débil aliento que le salía y entraba por la nariz. Y a ella no le importaba si el aliento venía o se iba, se iba o venía.

El objeto que Montag había empujado con el pie brillaba ahora bajo el borde de su propia cama. Era el frasco de tabletas para dormir que hoy temprano había contenido una treintena de cápsulas y que yacía destapado y vacío a la luz de la llama diminuta.

Mientras Montag estaba allí, de pie, el cielo gritó sobre la casa. Fue un tremendo rasguído, como si las manos de un

gigante hubiesen desgarrado diez kilómetros de lienzo. Montag sintió como si lo hubiesen partido en dos, de arriba abajo. Los bombarderos de reacción pasaban allá arriba, pasaban, pasaban, uno dos, uno dos, seis aparatos, nueve aparatos, doce aparatos, uno y uno y uno y otro y otro y otro, y le gritaban a él, a Montag. Abrió la boca y dejó que el grito de las turbinas le entrara y saliera por entre los dientes. La casa se sacudió. La llama se le apagó en la mano. Las piedras lunares se desvanecieron. Montag sintió que su mano se acercaba al teléfono.

Los aviones se habían ido. Montag sintió que movía los labios rozando la embocadura del teléfono.

—Hospital de Urgencias.

Un terrible suspiro.

Montag sintió que las estrellas habían sido pulverizadas por las negras turbinas y que a la mañana siguiente la tierra estaría cubierta por el polvo de esos astros, como una nieve extraña. Eso pensó, tontamente, mientras estaba allí, de pie, estremeciéndose en la sombra, y movía y movía los labios.

Tenían esta máquina. Tenían dos máquinas realmente. Una de ellas se introducía en el estómago como una cobra negra en busca de las viejas aguas y el viejo tiempo allí acumulados. La máquina bebía aquella materia verde que subía con un pausado burbujeo. ¿Bebía también la oscuridad? ¿Extraía todos los venenos depositados a lo largo de los años? La máquina se alimentaba en silencio, y de vez en cuando dejaba oír un sonido de sofocación y búsqueda a ciegas. Tenía un Ojo. El impersonal operador podía, con un casco óptico especial, observar el alma de la persona a quien estaba bombeando. ¿Qué veía el Ojo? El operador no lo decía. El operador veía, pero no lo mismo que el Ojo.

La operación no dejaba de parecerse a una excavación en el jardín. La mujer tendida en la cama no era más que un duro estrato de mármol recién descubierto. Adelante, de cualquier modo; afuera con el aburrimiento, saquen el vacío, si las pulsaciones de la serpiente aspirante pueden extraer esas cosas. El operador fumaba un cigarrillo. La otra máquina también funcionaba.

La manejaba un hombre igualmente impersonal que llevaba un traje de faena castaño rojizo a prueba de manchas. Esta máquina bombeaba y extraía la sangre del cuerpo y la reemplazaba con suero y sangre nueva.

—Hay que limpiarlos de las dos formas —dijo el operador inclinado sobre la mujer silenciosa—. De nada sirve limpiar el estómago si no se hace lo mismo con la sangre. Deja usted esa cosa en la sangre y la sangre golpea el cerebro como un mazo, *bam*, un par de miles de veces, y el cerebro deja de funcionar, se para, renuncia.

—¡Basta! —dijo Montag.

—Solo le estaba explicando —dijo el operador.

—¿Han terminado? —dijo Montag.

Los hombres cerraron las máquinas.

—Hemos terminado. —La ira de Montag no había llegado hasta ellos. Allí se quedaron, con el cigarrillo que les llenaba de humo la nariz y los ojos, y sin pestañear ni fruncir la cara—. Son cincuenta dólares.

—¿Por qué no me dicen primero si se salvará?

—Seguro, quedará perfectamente. Tenemos toda la cosa en la botella y ya no puede hacerle daño. Como le dije, se saca la vieja, se pone la nueva, y uno queda perfectamente.

—Ninguno de ustedes es médico. ¿Por qué el hospital no ha enviado un médico?

—Diablos. —El cigarrillo del hombre se movió sobre el labio inferior—. Tenemos nueve o diez casos como este por noche. Tenemos tantos, desde hace unos pocos años, que hubo que inventar estas máquinas especiales. Con la lente óptica, naturalmente; el resto es antiguo. No es necesario un médico para estos casos; bastan dos ayudantes; lo arreglan todo en media hora. Mire —el hombre se alejó hacia la puerta—, tenemos que irnos. Acabamos de recibir otra llamada por la vieja radio de dedal. A diez calles de aquí. Algún otro que se ha tragado toda una caja de píldoras. Si nos necesita, vuelva a llamarnos. Déjela tranquila. Le hemos dado un antisedativo. Se despertará con hambre. Adiós.

Y los hombres, con cigarrillos en las bocas rectas, los hombres de ojos de borla de polvos, recogieron su carga de máquinas y tubos, la botella de melancolía líquida y el lodo lento y oscuro de aquella cosa sin nombre, y se fueron trocando hacia la puerta.

Montag se dejó caer en una silla y miró a la mujer. La mujer entornaba ahora los ojos, y Montag extendió la mano para sentir la tibieza del aliento en la palma.

—Mildred —dijo por fin.

«Somos demasiados —pensó—. Somos millones, y eso es demasiado. Nadie conoce a nadie. Gente extraña se te mete en casa. Gente extraña te arranca el corazón. Gente extraña te saca la sangre. Buen Dios, ¿quiénes eran esos hombres? ¡No los he visto en mi vida!»

Pasó media hora.

La sangre de esta mujer era nueva y parecía haberle hecho algo nuevo. Las mejillas eran ahora muy rosadas y suaves y los labios muy rojos y frescos. La sangre de algún otro. Si hubiese sido la carne, el cerebro y la memoria de algún

otro. Si le hubiesen llevado la mente a la lavandería y le hubiesen vaciado los bolsillos y la hubiesen limpiado con vapor y la hubiesen doblado y devuelto a la mañana siguiente. Si...

Montag se incorporó, echó a un lado las cortinas y abrió la ventana de par en par para que entrara el aire de la noche. Eran las dos de la mañana. ¿Clarisse McClellan en la calle y él de vuelta a casa y la habitación oscura y el pie que golpeaba la botellita de cristal solo una hora antes? Solo una hora, pero el mundo se había fundido y se había alzado otra vez con una forma nueva y descolorida.

Unas risitas cruzaron el jardín coloreado por la luna desde la casa de Clarisse y sus padres y el tío que sonreía, tan tranquilo y tan serio. Aquellas risas, sobre todo, eran cálidas y acogedoras y nada forzadas; y venían de una casa tan brillantemente iluminada a esta hora de la noche en que las otras casas se recogen a oscuras en sí mismas. Montag oyó las voces que hablaban, hablaban, hablaban, daban, hablaban, tejían y volvían a tejer su tela hipnótica.

Montag salió por la galería y cruzó el jardín casi sin darse cuenta. Se detuvo en la sombra, ante la casa de las voces, pensando que podía llamar a la puerta y decir: «Déjenme entrar. No diré nada. Quiero escuchar un poco. ¿Qué estaban diciendo?».

Pero se quedó allí, muy frío, con el rostro como una máscara de hielo escuchando la voz de un hombre (¿el tío?) que hablaba pausadamente:

—Bueno, al fin y al cabo, esta es la época de los tejidos disponibles. Suénate la nariz en una persona, ensúciala, avergüénzala. Busca otro, suénate, ensucia, avergüenza. Todos utilizan el borde de la chamarra de los demás. ¿Cómo

puedes aplaudir al equipo local cuando ni siquiera tienes un programa ni conoces los nombres? A propósito, ¿de qué color eran las camisetas cuando salieron al campo?

Montag volvió a su casa, dejó la ventana abierta, examinó a Mildred, le arregló cuidadosamente la ropa de cama y luego se acostó con la luz de la luna en las mejillas y las arrugas de la frente; los ojos destilaron la luz de la luna y la convirtieron en una catarata de plata.

Una gota de lluvia. Clarisse. Otra gota. Mildred. Una tercera. El tío. Una cuarta. El incendio de esta noche. Una, Clarisse. Dos, Mildred. Tres, el tío. Cuatro, el incendio. Una, Mildred; dos, Clarisse. Una, dos, tres, cuatro, cinco, Clarisse, Mildred, el tío, el incendio, las pastillas para dormir, el tejido disponible de los hombres, los bordes de las chamarras, la nariz, la suciedad, la vergüenza, Clarisse, Mildred, el tío, el incendio, las pastillas, los tejidos, la nariz, la suciedad, la vergüenza. Uno, dos, tres, ¡uno, dos, tres! Lluvia. Tormenta. El tío que se ríe. El trueno escaleras abajo. El mundo entero anegado por la lluvia. El fuego que se alza en un volcán. Todo corría en un río borboteante y rugiente hacia la mañana.

—Ya no sé nada —dijo Montag, y dejó que una pastilla somnífera se le disolviera en la lengua.

A las nueve de la mañana, la cama de Mildred estaba vacía.

Montag se levantó de un salto con el corazón en la boca, corrió al vestíbulo y se detuvo ante la puerta de la cocina.

Las rebanadas de pan saltaban de la tostadora de metal y eran recogidas por una mano metálica que las untaba con queso fundido.